

¿A quién sirve la guerra?
Alejandra Kollontai
1915

(Versión al castellano de Ana Armand desde “Who Needs the War?”, en [Alexandra Kollontai Archive – MIA](#); redactado en 1915 y publicado en 1916, en Berna, por el Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia bajo el título *Komu nužna vojna* y firmado con las iniciales A. K.)

“Héroes”

La guerra aún no ha terminado, de hecho, su fin aún no está a la vista, pero el número de lisiados se multiplica: los mancos, los cojos, los ciegos, los sordos, los mutilados... Partieron hacia el sangriento matadero mundial jóvenes, fuertes y sanos. Tenían por delante toda su vida. Sólo unos meses, semanas, incluso días después, fueron llevados a las enfermerías medio muertos, lisiados...

“Héroes”, dicen los que iniciaron una guerra europea, los que enviaron a un pueblo contra otro, al trabajador de un país contra su compañero de trabajo de otro. ¡Al menos ahora han ganado un premio! ¡Pueden andar por ahí con sus medallas! ¡La gente los respetará!

Sin embargo, en la vida real las cosas son diferentes. El “héroe” vuelve a su pueblo o ciudad natal, y cuando llega no puede creer lo que ven sus ojos: en lugar del “respeto” y la alegría encuentra que le esperan nuevos sufrimientos y desilusiones. Su pueblo ha sido reducido a la pobreza y al hambre. Los hombres fueron arrastrados a la guerra, el ganado requisado... Los impuestos deben ser pagados, y no hay nadie que haga el trabajo. Las mujeres han sido expulsadas. Están demacradas y hambrientas, agotadas por el llanto. Los héroes lisiados deambulan por el pueblo, algunos con una medalla, otros con dos. Y el único “respeto” que el héroe obtiene es escuchar a su propia familia reprocharle como un parásito que se come el pan de los demás. ¡Y el pan está racionado!

Al “héroe” que vuelve al pueblo no le va mejor. Es recibido con “respeto”, su madre llora tanto de dolor como de alegría: su querido hijo sigue vivo, los ojos de su anciana madre lo han visto una vez más. Su esposa sonrío... Durante un día o dos, se preocuparán por él. Y luego...

¿Desde cuándo los trabajadores tienen el tiempo, el ocio, para cuidar de un inválido? Cada uno tiene sus propios asuntos, sus propias preocupaciones. Además, los tiempos son difíciles. No pasa un día en el que el coste de la vida no aumente. La guerra... Los niños están enfermos; la guerra siempre va acompañada de epidemias, de infecciones. La esposa trata de hacer mil cosas a la vez. Debe trabajar para sí misma y para el “sostén de la familia”.

¿Y la pensión del zar?

¿Cuánto es? ¡Apenas alcanzaría para pagar una bota para la única pierna que le queda!

Los oficiales, los generales heridos, por supuesto, recibirán sus pensiones “según el rango”, pero ¿quién se interesa por el soldado raso común, los antiguos trabajadores, el campesino o el artesano? ¿A quién le importa su destino? El poder en el estado no está en manos del pueblo, sino en manos de los terratenientes e industriales, de los señores y amos. Las finanzas del estado no están controladas por esos “héroes-soldados” que mueren por cientos de miles y millones en la guerra, sino por esos mismos señores: los terratenientes, industriales y funcionarios del estado, los servidores del zar.

Al principio, mientras el recuerdo esté todavía fresco y el cañón siga sonando en el frente, los “héroes-soldados” serán recordados. Varias sociedades, organizaciones caritativas y la Cruz Roja acudirán en su ayuda con míseras limosnas... Primero pasa un año, luego otro. Llega la paz, y la gente vuelve a retomar su antigua rutina diaria. ¿Qué será de nuestros “héroes”?

Coroneles y generales heridos irán en sus coches; se cuidaron durante la guerra, acapararon su dinero, se llenaron los bolsillos con las raciones de los soldados... ¿Y los “héroes-soldados”, mutilados con sus medallas? ¿Cuál será su destino?

¿Tendrán que ir a unirse a los mendigos en el porche de la iglesia?...

No es un destino agradable el que le espera al héroe y salvador de su patria, aunque lleve diez medallas en el pecho... El gobierno zarista no se preocupará por él, no le dará importancia... Los corazones de los terratenientes e industriales, los corazones de los amos, no se afligirán por los heridos... ¿Qué les importa? No es su hermano el que sufre, vagando por el país maldiciendo su destino... No es un “caballero” sino uno de los “órdenes inferiores”. Y los “órdenes inferiores” (el obrero, el campesino, el artesano) nacieron precisamente para servir a sus “señores y amos”, para derramar su sangre por ellos, y como recompensa morir de hambre junto a alguna pared...

Mientras el pueblo no hable en nombre de los “héroes”, mientras el pueblo no tome el poder en sus manos, mientras el pueblo no controle las finanzas del estado, los héroes lisiados no podrán mejorar su suerte.

¿Por qué peleaban?

Pregunten a cualquier soldado, sea ruso o alemán, ¿por qué luchaba? ¿Por qué derramó la sangre de sus hermanos, los trabajadores y campesinos de su país vecino? ¿Por qué lisió a la gente? No se lo dirá, no le responderá, porque ellos mismos no lo saben.

Tal vez estaba luchando en nombre de los serbios, o tal vez fueron los alemanes los que atacaron Rusia. Se habló de la tierra. Al principio, los campesinos-soldados rusos pensaron: “Vamos a quitarles la tierra a los alemanes”.

Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que la guerra no era por la tierra... ¿De qué se trataba entonces? Hay muy pocos que lo sepan, que lo entiendan. No sólo los rusos están luchando “a ciegas” sin entender realmente por qué están apuñalando, clavando sus bayonetas e hiriendo gravemente a la gente. Los soldados alemanes, ingleses y franceses también tienen tan poca idea de la verdadera razón de la guerra. Pregúntenle a cualquiera de ellos, cada uno le citará un motivo diferente.

Al pueblo alemán se le dijo: “Rusia nos ha atacado. Los cosacos rusos están marchando sobre Berlín. Debemos defender nuestra patria. Al mismo tiempo, marcharemos a liberar a Rusia de la burocracia, de la arbitrariedad y la ilegalidad de los funcionarios del zar. ¡Moriremos por la “libertad” del pueblo ruso! El propio pueblo ruso es débil y no puede hacer frente a sus “enemigos internos”, a los ministros venales y a los rapaces terratenientes opresores. ¡Ayudémosles! Abriremos para el pueblo ruso el camino de la libertad popular, de los derechos y de la libertad.”

Esta fue la seductora canción que el Kaiser y su personal, los terratenientes e industriales alemanes, cantaron al pueblo alemán. El pueblo no lo entendía; creía. En

millones de ejemplares los periódicos capitalistas difundieron mentiras sobre la guerra, los gobiernos introdujeron la censura en tiempos de guerra, no permitieron que se imprimiera ni una sola palabra sobre la verdad, y metieron en la cárcel a los mejores amigos de la clase obrera. Se engañó al pueblo, como se engañó a los soldados rusos cuando se les aseguró que era por “tierra” por lo que marchaban sobre Galicia...

En Francia, el gobierno, los generales, los ministros, los banqueros y los industriales, encontraron otra explicación de la guerra para su pueblo. Era hora de recuperar de los alemanes el territorio de Alsacia y Lorena, que habían conquistado en 1870. “¡Ciudadanos de la gloriosa Francia republicana!... Viven en un país libre, han ganado todos los derechos políticos para ustedes en casa... ¡Pero al lado, en la vecina Alemania, el pueblo gime bajo el yugo del Kaiser!... ¡Salvemos al pueblo alemán! ¡Lucharemos hasta que hayamos expulsado al Káiser de Alemania y hayamos establecido una república para los alemanes!”

Y la noble Francia decidió “liberar” al pueblo alemán y acabar con el Kaiser. ¡No es una mala causa! ¿Quién necesita a los Kaiser y a los zares? Sin embargo, si se mira un poco más de cerca se ve que hay algo bastante extraño: el pueblo vivía en paz, el Kaiser y el Zar eran amigos y se visitaban mutuamente. Los capitalistas de varios países trabajaron juntos para establecer fábricas y compañías comerciales, juntos robaron las colonias en Asia y África, se beneficiaron de la producción de cañones y vehículos blindados. Y de repente, todos los zares y todos los capitalistas de los distintos países se han dejado llevar por una noble pasión: ¡vamos a “liberar” a nuestro vecino! ¡Introduzcamos los derechos y la justicia, la igualdad y la prosperidad entre nuestros vecinos!

Los alemanes se pusieron en marcha para salvar a Rusia de las miserias del zarismo, y los franceses se pusieron en marcha para liberar a los alemanes del poder del Kaiser...

Sin embargo, al mirar un poco más de cerca se ve que los Kaiser y los zares siguen sanos y salvos, todavía en sus tronos y con su poder intacto. Los capitalistas se enriquecieron gracias a la guerra. Ganaron entre 20 y 40 kopeks por cada rublo de suministros para el ejército, y estos suministros valen cientos y miles de millones de rublos. Y cientos de miles y millones de esos mismos ciudadanos por los que las “grandes potencias” se preocuparon de repente han sembrado sus propias tierras y tierras extranjeras con sus huesos. ¿Es la “liberación” de un pueblo extranjero la causa de la guerra? ¿Hay alguien que todavía crea en tales cuentos de hadas?

Tomemos otro ejemplo: los ingleses aparentemente sólo entraron en la guerra más tarde para, por un lado, defender a Bélgica y, por el otro lado, para derrotar y destruir la “máquina militar” alemana (el militarismo). Así es como se presenta de palabra. Pero, ¿cómo se presenta la monarquía inglesa en los hechos? En primer lugar, Inglaterra no pierde la oportunidad de apoderarse de las colonias alemanas, de la tierra alemana. Y, por supuesto, no pregunta a la población bajo qué dominio desean permanecer, si bajo el alemán o si bajo el inglés. Bélgica es Bélgica, pero mientras tanto uno debe tomar para sí mismo otras tierras y pueblos... ¡¿Para qué las necesitan los alemanes?!

Lo mismo ocurre con la lucha contra la máquina militar. A los ingleses no les gustan los “militaristas alemanes”, maldicen a los prusianos y expresan su indignación: los alemanes han matado el espíritu de libertad entre su propio pueblo, que se ha convertido en una manada entrenada y obediente.

La crítica es feroz. Muchas de ellas son verdaderas. El problema es que las palabras y la práctica no coinciden. En la práctica, el gobierno inglés, mientras maldice a los “germano-prusianos”, intenta aprender de ellos e introducir en su propio país un “militarismo al estilo alemán”. Desde el comienzo de la guerra se ha producido una lucha

en Inglaterra entre el pueblo y el gobierno: el gobierno inglés decidió introducir en Inglaterra el mismo militarismo por el que fue a la guerra contra Alemania, está intentando introducir el servicio militar obligatorio universal en lugar del sistema de voluntariado remunerado que existía anteriormente en Inglaterra.

Ahora los millonarios y depredadores ingleses han logrado romper la resistencia y han comenzado a introducir el servicio militar obligatorio. Una vez más resulta que no es cierto; el gobierno inglés decidió “liberar” a un país extranjero del mal del “militarismo”, ¡e imponer el mismo mal a su propio pueblo! Sin embargo, esto no es todo. El ejemplo dado por Alemania fue tan del agrado del gobierno inglés que decidió hacer lo que otros países habían hecho e introducir la “militarización” en las fábricas: movilizar a los obreros, subordinarlos a las autoridades militares, quitarles el derecho de huelga y a defender sus intereses, y atarlos al estado... Y esta verdadera “esclavitud militar” de los obreros se ha introducido no sólo en Alemania sino en todos los países beligerantes: en Francia, en Alemania y en Rusia. Trabajan por una miseria y aguantan todo tipo de prohibiciones e insultos. Si no lo hacen, serán enviados al frente para enfrentarse a las balas del “enemigo”. Los obreros ingleses luchan con valentía y obstinación contra esta nueva injusticia, contra este nuevo ataque de los capitalistas contra los trabajadores; luchan contra una nueva forma de esclavitud y defienden sus derechos... Sin embargo, el gobierno inglés no retrocede... Le gusta el ejemplo de Alemania, ¡encuentra de su gusto el “militarismo prusiano”!

Así es como están las cosas en realidad: el mismo motivo, el mismo “mal” por el que se declaró la guerra contra un país vecino ¡se introduce y refuerza en casa!... ¡Los alemanes marcharon a “liberar” al pueblo ruso, y en casa durante la guerra introdujeron la misma tiranía zarista!... ¡Los franceses desenvainaron la espada en nombre de la “libertad” de los alemanes, y en su lugar inventaron formas de opresión como Francia no había conocido durante años!... Sólo hay que mirar alrededor con más atención para darse cuenta de que estas no son las razones que hicieron que las potencias (europeas) entraran en guerra entre sí, que el motivo por el que un país fue a la guerra contra su vecino no es el que se expone ante el pueblo. La guerra tiene otras causas, otros propósitos, otras razones.

¿Quién es responsable de la guerra?

Hay quienes dicen: tal vez no sabemos las razones de la guerra, pero en cuanto a quién es responsable, ¡eso es obvio! Y el responsable debe ser castigado. ¿Pero quién es responsable? Pregúntenle a un ruso y él les dirá: “¡Alemania! Ella fue la primera en declarar la guerra, y por lo tanto es la instigadora.” Pregúntenle a un alemán y les dirá: “¡Eso no es cierto! ¡Mentira! Los alemanes no queríamos la guerra, prolongamos las negociaciones. Pero el gobierno ruso fue el primero en declarar la movilización. ¡Eso significa que el instigador es Rusia!” “No es cierto”, grita el “aliado” de Rusia. “El gobierno ruso declaró la movilización en respuesta a un ultimátum, a las exigencias planteadas a Serbia por el gobierno austriaco. ¡El instigador es Austria!” Pero Austria señala a Rusia, con Inglaterra a sus espaldas. Lean cualquiera de esos libros gubernamentales naranjas, blancos, rojos, azules, grises o amarillos sobre la guerra, con sus colecciones de cartas, telegramas y “notas” (exigencias) gubernamentales, y recuerden cómo, durante las últimas décadas, las grandes potencias ahora en guerra compitieron entre sí para robar a China, Persia, Turquía, a las tierras de África y otras, y entonces una cosa les quedará clara: durante muchos meses, incluso años, antes de la guerra, los gobiernos de todos estos países se esforzaron en superarse unos a otros, llevaron a cabo negociaciones diplomáticas mientras se preparaban secretamente para la guerra. Fingían ser “amigos íntimos”, pero en realidad sólo tenían una cosa en mente:

demostrar mayor habilidad para burlar al otro: los ingleses a los alemanes, los alemanes a los rusos, los rusos a los austriacos... Y al mismo tiempo cada gobierno también engañaba a su propio pueblo. Pasaron años preparándose para la guerra y gastaron grandes cantidades de la riqueza de su nación en estos preparativos. ¿Para qué se utilizaron los recursos financieros de la nación en todos los países capitalistas? ¿Para las escuelas? ¿Para los hospitales? ¿Para el seguro de los obreros? ¿Para viviendas baratas para los pobres? ¿Para mejorar la tierra o las carreteras? ¿Para satisfacer las numerosas necesidades de la gente? ¡Nada de eso!

La riqueza de la nación se destinó a gastos militares, a los preparativos para un conflicto sangriento que fueron hechos simultáneamente por los gobiernos alemán y ruso, inglés y belga. ¡Y ahora pretenden ser unos pobres huérfanos! El pueblo, la gente trabajadora políticamente consciente, era muy consciente antes de la guerra de adónde iba la riqueza nacional, sabía que los impuestos se recaudaban para que los zares y los káiseres, los capitalistas ingleses y franceses, tuvieran los medios para construir una marina de guerra y máquinas asesinas... El pueblo sabía que en Rusia la mitad de este dinero iba a llenar los bolsillos de los “constructores”. ¿Por qué deberíamos olvidarnos ahora de quién preparó la guerra? ¿Por qué debemos pensar que los culpables son los obreros y campesinos alemanes, y no nuestro propio gobierno inútil y egoísta? ¡No! Si buscamos al culpable, debemos decir directamente y con honestidad: los gobiernos de todas las potencias beligerantes son igualmente responsables de esta guerra. La responsabilidad de la guerra recae en los capitalistas, banqueros y terratenientes, junto con sus mecenas y amigos los zares, reyes, káiseres y sus ministros y diplomáticos. Todos ellos constituyen una banda criminal. No cuidan de los intereses del pueblo, sino sus propios intereses. La guerra no beneficia al pueblo, sino a sus propios bolsillos. Ellos provocaron este sangriento desastre con su “política exterior”. En cuanto al pueblo, ¡marchen y mueran!... “Salvar la patria” que ellos mismos traicionaron, provocando un desastre. Morir “por la gloria de la patria”, olvidando todas las injusticias, insultos y humillaciones... Olvidar que incluso antes de que empezara la guerra se entendía que nada bueno vendría de la política del gobierno. No se atreva a recordar que ayer mismo se indignó cuando un oficial golpeó a un soldado, que maldijo por la falta de derechos del pueblo en su propio país... ¡Ahora es la guerra!... Ayer mismo se habría reído si alguien le hubiera dicho que el fabricante-opresor es su “hermano”, y que el trabajador alemán, tan necesitado como usted, es su “peor enemigo”. Ayer mismo, usted habría dado la espalda a cualquier “consejero” que se atreviera a recomendarle que sacrificara su vida por un terrateniente, un propietario de una fábrica o un jefe rico. Pero hoy es la guerra, y usted clava la bayoneta, apuñala, lisa y mata al “enemigo”, un obrero o campesino tan desgraciado como usted mismo... Sacrifica su propia vida y destruye la de un camarada de otro país en beneficio de su enemigo común, el millonario. ¡Tal es la voluntad de los verdaderos responsables de la carnicería de la guerra mundial, la voluntad de los gobiernos de la clase capitalista, servidores y amigos del capital!

¡La patria en peligro!

¿Pero qué se debe hacer? No se puede rehusar el combate cuando la patria es atacada y está en peligro. Los que estaban dispuestos a morir “por la patria” deben preguntarse honestamente y en conciencia: ¿Qué patria tiene el obrero, qué patria tienen los desposeídos? ¿Tienen una *patria*? Si la tuvieran, ¿habría un flujo anual de emigrantes de todos los países hacia tierras extranjeras, los desposeídos y parados abandonando sus tierras natales, creyendo, confiando en que, tal vez, esta “tierra extranjera” resulte ser una madrastra más amorosa que su propia patria? En la misma Rusia, ¿habría cientos de miles de “emigrantes” hambrientos y sin dinero?

El general tiene una patria, y también el terrateniente, el comerciante, el fabricante y todos los que llevan una billetera gorda en el bolsillo. A éstos, a los ricos con las carteras repletas, la patria les da derechos y privilegios y las autoridades estatales se preocupan por su destino. Pero, ¿qué le da la “patria” al obrero, ya sea ruso, alemán o francés? La lucha por el pan de cada día, la lucha contra la pobreza y la falta de derechos, la opresión a manos del amo y del terrateniente, los insultos, la pena, la enfermedad y las humillaciones... ¡Y no es raro que la cárcel también! En Rusia la servidumbre penal y el exilio... Esto es lo que la patria moderna da a sus hijos, a los que crean su riqueza con sus propias manos, a los que compran su honor militar con sus vidas...

Para los pobres, la patria no es una madre sino una madrastra... Sin embargo, hay muchos que dicen: ¡quizás nuestra madre no nos complazca a nosotros, a sus fieles hijos que regamos su tierra con el sudor de nuestra frente, pero nosotros amamos nuestra tierra! ¡Defenderemos a nuestro pueblo de los ataques de los enemigos extranjeros, salvaremos la fe de nuestros padres de los enemigos de otro credo!... Pero ¿la guerra moderna, la guerra entre todas las grandes potencias europeas, es una guerra entre enemigos de diferentes credos o razas? Miren más de cerca. ¿Quién está luchando contra quién, el ortodoxo contra el católico o el católico contra el luterano? ¿Los cristianos contra los mahometanos? ¡No! Esta guerra ha mezclado a todos. El ruso ortodoxo dispara al búlgaro ortodoxo, el católico francés mata al católico alemán, el mahometano ayuda al cristiano a disparar sobre un hermano mahometano, el judío mata al judío, y el polaco mata al polaco...

La guerra se está librando no entre pueblos de diferentes creencias, ni entre diferentes pueblos con diferentes creencias, ni tampoco entre diferentes pueblos con diferentes costumbres, idiomas y tradiciones, sino entre *estados*, entre grandes potencias capitalistas. Cada una de estas potencias se ha tragado más de un pueblo, ha tomado más de un trozo de tierra de sus vecinos... ¡Cuántos pueblos y naciones se pueden encontrar en Rusia!

Lo mismo ocurre con Austria. Tampoco Alemania se queda atrás: Una vez se apoderó de un pedazo de Polonia, tomó Holstein de los daneses y le ganó Alsacia a Francia. E Inglaterra, el “soberano de los mares”... ¿A cuántos pueblos ha sometido a su dominio imperial: indios y negros, australianos e isleños... Las grandes potencias han trazado una “frontera” a su alrededor, han hecho cruzar esa frontera a las más diversas razas y pueblos y han declarado: “¡Ahí está tu patria! ¡Obedece nuestras leyes en tiempos de paz, y si hay guerra es tú deber morir por esta patria que te hemos impuesto!... Las “grandes potencias” que ahora están en guerra entre sí son cada una de ellas un opresor de numerosos pueblos y naciones. Rusia oprime a judíos, ucranianos, polacos, finlandeses y muchos otros. Alemania oprime a los polacos, daneses, etc. Inglaterra y Francia oprimen a decenas y cientos de millones en sus colonias. La guerra no se hace en nombre de la libertad del pueblo, ni en nombre del derecho a la lengua materna, ni por la supervivencia de las instituciones beneficiosas para la clase obrera. No, la guerra se hace en nombre del “derecho” de las grandes potencias a oprimir a tantos pueblos extranjeros como sea posible y a robar tantas colonias como sea posible. La guerra se está llevando a cabo por los depredadores con el fin de dividir el botín. Surge un cuadro grotesco: por orden de las grandes potencias, los pueblos de una nación, de un idioma, de una fe, se matan y se lisan unos a otros, pisotean la tierra... El campesino ucraniano ruso apunta su arma al campesino ucraniano de Austria; el obrero de la Polonia rusa apunta su ametralladora contra los obreros polacos de Alemania... Hace cuarenta y cinco años, los alsacianos dieron su vida por la gloria de “la belle France”. Ahora defienden su “patria” bajo las banderas que llevan el águila alemana... Y ¿quién sabe? ¡Si la victoria es para los

“aliados”, tal vez los alsacianos tengan que morir en la próxima guerra por una “patria” francesa!

Y si se piensa en todos los soldados que Inglaterra y Francia han traído de sus colonias (africanos, indios...), ¿por qué “patria” están muriendo? Su patria está a miles de kilómetros de distancia. ¿Pero qué queda de esa patria desde que los europeos la invadieron, desde que las “grandes potencias” la sometieron a fuego y espada? Ya no tienen patria, y ahora deben morir por la gloria de la burguesía de la nación que los oprime. Pero no sólo las naciones conquistadas y sometidas por los estados capitalistas están sin patria, sino también los “verdaderos hijos” de Rusia, Alemania e Inglaterra, si no son más que “hijos de la gente común”. ¿Qué clase de patria es si decenas de millones son esclavos contratados trabajando día y noche para un puñado de capitalistas? ¿Qué clase de patria es si estas decenas de millones de obreros no tienen nada que perder más que sus cadenas? ¿Qué clase de patria es cuando no es el propio pueblo el que dirige los asuntos de la patria, promulga leyes, supervisa la economía nacional y controla el presupuesto nacional, sino un puñado de amos, de ricos explotadores?

Antes de defender y morir por la patria, ¿no sería más sensato, en lugar de marchar contra el enemigo exterior alemán, enfrentarse al enemigo interior, es decir, expulsar a todos los tiranos y opresores del pueblo ruso que con su peligrosa y egoísta política han provocado la masacre del pueblo? ¿No sería más sensato que el pueblo alemán, en lugar de ponerse a “liberar” a Rusia del “zarismo”, saldara cuentas con su propio Kaiser, con sus propios capitalistas y terratenientes? ¿No sería mejor para los franceses “purgar” su tierra natal de los enemigos más cercanos a su hogar en lugar de dirigir sus cañones contra el pueblo alemán? Hubo un tiempo en que los obreros y campesinos, al defender su “patria”, defendían su lengua materna de la opresión extranjera, defendiendo su libertad contra los señores feudales y los zares. Ahora, sin embargo, la clase de los capitalistas ha reunido en sus propias manos toda la riqueza y todo el poder incluso en los países más liberales, mientras que en Rusia el pueblo está oprimido por la aristocracia, los terratenientes feudales junto con los capitalistas. Los capitalistas de todo el mundo están ahora unidos en alianzas que saquean y oprimen a los obreros en muchos países. Los capitalistas enfrentan a los obreros de un país con los de otro para reforzar su control sobre los trabajadores de todo el mundo. Los capitalistas hacen la guerra para repartirse el botín y debilitar a los obreros mediante la división. Así que los que hablan de la guerra actual en términos de defensa de la libertad y de la patria, mienten. Sólo hay una manera de defender la libertad y el derecho, de defender la causa de la clase obrera en esta guerra: el acuerdo entre los obreros de todos los países y su lucha común contra los capitalistas en nombre de una sociedad socialista.

Si nos ganan, las cosas marcharán peor aun

Cuando se trata de ganancias, los capitalistas de cada país, cada tribu y raza, se convierten en “hermanos de sangre”. Además, en tiempos de paz los obreros son muy conscientes de esto. Saben también que los “enemigos” de los intereses de los obreros, de la causa de los trabajadores, no son los trabajadores de otro país vecino, sino los patrones *capitalistas* de ambos lados de la frontera. ¿Por qué, cuando se convoca al pueblo bajo la bandera del Zar o del Káiser, el obrero debe olvidar todo lo que la vida le ha enseñado? ¿Por qué ha de creer, por decirlo así, que los intereses pecuniarios del industrial, comerciante o fabricante que resulta ser su compatriota están más cerca de él que la causa obrera, común tanto a él como al desposeído proletario alemán y austriaco?

Las causas de la guerra

Sin embargo, aunque la guerra sea un negocio sucio y desagradable que nadie defendería, ¿cómo no se puede luchar una vez que la guerra ha comenzado, una vez que es una realidad?

Aquí debemos buscar primero la respuesta a otra pregunta: ¿por qué ha comenzado la guerra? ¿Qué ha causado la guerra? ¿Cuáles son las motivaciones que subyacen detrás de ella? Las guerras tienen una variedad de causas. En otros tiempos, la gente luchó por el territorio, por la libertad de su tierra natal. Sin embargo, la guerra actual tiene su propia causa particular: esta guerra fue generada por el *capitalismo*. Capitalismo es el nombre dado a un sistema económico en el que el capital, las fábricas y la tierra se dividen entre un grupo comparativamente pequeño de personas en el país, mientras que el resto sólo posee las manos de sus obreros, con las que estos se alimentan, y éstas se venden al patrón, al capitalista, al fabricante, al propietario de la tierra. A medida que la economía capitalista se desarrolla en cada estado, el capital comienza a sentirse apretado, con poco espacio, en su propio país. Para aumentar los beneficios y los intereses, el capital necesita que el mercado se expanda, necesita nuevos lugares, países, colonias en las que pueda invertir sus capitales acumulados y de los que los fabricantes e industriales puedan obtener “materias primas” como el metal, el mineral y el algodón, para producir bienes.

Las grandes potencias capitalistas, las que ahora están en guerra entre sí, experimentan todas ellas la misma necesidad de un mercado mundial, de colonias. Cada potencia sólo piensa en cómo puede controlar las colonias y los mercados de otros países, ya sea mediante el engaño diplomático y el soborno a los gobiernos y capitalistas de los países débiles y dependientes, o mediante la fuerza de las armas. Las colonias y el dominio del mercado mundial son las causas de las disputas que estallan entre las principales potencias modernas. Cada una quiere monopolizar (es decir, ser el único amo del) mercado, cada una quiere llevarse todas las ganancias para sí misma. En primer lugar, estas potencias tratan de resolver el litigio mediante “negociaciones diplomáticas” en las que cada una se esfuerza en engañar o burlar a la otra. Incluso en tiempos de paz, las negociaciones llevadas a cabo por los diplomáticos nunca cesan. Sin embargo, no se ofrece ninguna información al pueblo. La disputa se lleva a cabo entre los estados capitalistas, es decir, no en nombre del pueblo, sino en nombre de los capitalistas, y estos propietarios de propiedad privada capitalista empujan a sus estados al camino de la llamada política colonial o “imperialista”. Son ellos los que deciden si habrá o no guerra. ¿Y el pueblo? Sólo necesitan saber una cosa: si te llaman a filas, ve y muere...

Si los diplomáticos no logran burlarse unos de otros, amenazan inmediatamente con la guerra. Detrás de los diplomáticos está el cañón, y por lo tanto no hay una paz estable entre los estados, sino sólo “paz armada”, es decir, un período de paz durante el cual el estado intensifica sus preparativos para la guerra... Ni los trabajadores ni el pueblo en su conjunto saben nada de las negociaciones llevadas a cabo por los diplomáticos. Estas negociaciones se llevan a cabo “en secreto”. Sin embargo, los capitalistas, los banqueros y los terratenientes, en cuyo nombre se lleva a cabo esta “política agresiva”, siempre saben cómo se comportan los diplomáticos. Si empiezan a sospechar que sus propios diplomáticos no han sabido defender sus intereses financieros, que las negociaciones se llevan a cabo en beneficio de los capitalistas de otra potencia, lanzan la señal de alarma inmediatamente: “¡Ayuda! ¡La patria está en peligro! ¡Hermanos trabajadores, olviden todas las humillaciones, olviden todo el pasado! ¡Salven nuestra patria común!... Vayan y mueran por la gloria de la patria”. El gobierno escucha el grito de los capitalistas. No puede dejar de atenderlo, porque el propio gobierno está formado por capitalistas y terratenientes, y el gobierno les sirve, protegiendo sus ganancias y robos... Para complacer a los capitalistas, el gobierno comienza a “intimidar” a su vecino,

y las negociaciones que llevan a cabo los diplomáticos se vuelven más “acaloradas” ... Antes de que se dé usted cuenta, ¡la guerra ha comenzado!... Sin embargo, no se puede decir la verdad al pueblo: luchamos porque nuestros fabricantes e industriales, nuestros banqueros y comerciantes, quieren grandes beneficios; luchamos para asegurar a nuestros capitalistas el “derecho” a robar en alguna colonia o país. Esto sería “incómodo”. El pueblo no estaría dispuesto a morir por tal causa. Así que debemos llorar: “¡La patria está en peligro!”... O inventar un cuento u otro como “¡Liberemos a nuestros vecinos del zarismo o del kaiserismo!”... Los capitalistas, terratenientes y banqueros se sientan en sus oficinas, se embolsan la ganancia triplicada de la venta de armas y esperan el resultado de la guerra. Mientras, el pueblo lucha y muere, el pueblo sacrifica sus vidas. ¿Y para qué? Para proporcionar una vida mejor, más dulce, más rica y más lujosa a sus propios explotadores nativos, jefes, industriales, terratenientes, fabricantes...

¡La gente es demasiado confiada! Posee tan pocos conocimientos. Aún no ha entendido dónde están sus propios intereses, y los capitalistas y los servidores del gobierno hacen uso de esto. Así que la causa de esta guerra es la lucha del *capital nacional* en el mercado mundial. El capital ruso está luchando contra el capital alemán en la propia Rusia, y contra el capital austriaco en los Balcanes; el capital inglés y francés está luchando contra el capital alemán en África, Asia y en los mercados de los estados más pequeños. El capital choca con el capital, lucha contra el capital, cada uno buscando expulsar al otro. Cada uno desea el dominio para sí mismo, para conservar su “monopolio”, desplumar al trabajador durante la producción de la mercancía, y al cliente durante la venta de la misma. Cuanto más rápido se desarrolla el capitalismo, más se involucran los estados en esta lucha, más amarga se vuelve la lucha. La guerra se vuelve inevitable. Es inútil consolarse con el pensamiento de que esta es *la guerra para terminar las guerras*. Mientras existan propietarios capitalistas que tengan el poder del estado en sus manos, *las guerras continuarán*. El objetivo de estas guerras será el mismo que el de la guerra actual, es decir, asegurar mejores beneficios para los propios industriales y hombres de negocios. ¿Merece tal objetivo que se derrame sangre en su nombre? ¿Acaso los trabajadores actúan sabiamente cuando por tal causa matan a un compañero de otro país, destruyen ciudades y devastan pueblos pacíficos?... ¿Han llegado los trabajadores a “amar” tanto a sus propios explotadores, a sus propios amos tiranos durante la guerra, que están dispuestos a morir para defender sus beneficios e intereses?

Una vez que se ha comprendido la verdadera causa de la guerra, su propósito, surge otra pregunta: ¿qué se debe hacer? ¿Cómo se puede detener la matanza? ¿Cómo se puede evitar al pueblo nuevos conflictos y disputas entre los capitalistas, nuevas guerras, en el futuro? Antes de buscar la respuesta a estas preguntas hay que darse cuenta de una cosa: mientras el capitalismo siga existiendo, mientras sobre la tierra haya propiedad privada de tierras, fábricas, plantas, etc., mientras los ciudadanos sigan divididos entre los que tienen y los que no tienen, en capitalistas que hayan tomado el poder del estado y contratado obreros sin derechos, mientras los capitalistas sigan luchando entre ellos en el mercado mundial en aras de sus beneficios, *las guerras son inevitables*. Las guerras sólo terminarán cuando el poder de los capitalistas haya sido aplastado, cuando los dueños-explotadores ya no puedan dañar al pueblo y empujarlo a conflictos sangrientos. La guerra es generada por la injusta estructura capitalista de la sociedad. *Para poner fin a la guerra, la estructura de la sociedad debe ser cambiada*. Para poner fin a la guerra, todas las fábricas, todas las plantas, todas las empresas industriales deben serles arrebatadas de las manos a los amos capitalistas: a los terratenientes se les debe quitar las tierras, las minas a los propietarios privados, los bancos a los capitalistas, y toda esta riqueza debe convertirse en propiedad común. Para poner fin a la guerra, hay que ganar un nuevo y más justo *mundo socialista* para el pueblo, para la clase obrera. Cuando el pueblo

administre por sí mismo el control de todas las riquezas nacionales, administre la economía nacional y el presupuesto nacional, atienda a las necesidades y requerimientos de todos los ciudadanos, se esfuere por asegurar la prosperidad y el bienestar de su tierra natal y la hermandad de todos los pueblos, entonces no habrá más guerras. Entonces los pueblos vecinos no buscarán destruirse entre sí, entonces no habrá necesidad de una “política agresiva”: ¡los países pacíficos de gente trabajadora libre siempre encontrarán un lenguaje común! Entonces ya no habrá más *culpables de la guerra*: ¡una camarilla de capitalistas destruyendo a millones de personas para que después de la guerra sus bolsillos estén más llenos!... Esta es la principal tarea de los trabajadores.

Sin embargo, queda una pregunta, queda otra tarea inmediata y urgente: ¿cómo podemos detener la actual guerra fratricida? ¿Qué hay que hacer? Hay una respuesta y, más importante aún, es la misma respuesta para los obreros de todos los países. La respuesta es la siguiente: los gobiernos pueden enfrentar hermano tras hermano a un trabajador de un país contra un compañero de otro país, pero el enemigo sigue siendo el mismo para todos los trabajadores del mundo, los intereses de los obreros rusos y alemanes, ingleses y austriacos son los mismos. Para lograr la paz, lo primero que hay que hacer es llamar a los culpables a filas. ¿Y quiénes son los culpables sino los zares y los káiseres, junto con sus diplomáticos y ministros, todos los obedientes servidores del capital; quiénes sino ellos son responsables de esta sangrienta catástrofe? ¡Que respondan por sus actos! ¡Fuera este gobierno inútil, los mecenas de los ricos sacos de dinero! ¡Fuera los zares, reyes, emperadores, káiseres! ¡Lejos de sus ministros, policías y funcionarios corruptos! ¡El poder del estado debería pertenecer al pueblo! El que quiera la paz, el que esté cansado de esta guerra criminal, que se una a las filas de los que luchan no contra un enemigo externo, sino contra el enemigo interno del pueblo. Que se diga a sí mismo: en lugar de morir por el mayor beneficio de los Krestovnikov, los Guchkov, los Morozov, los Purishkevich y toda su honorable fraternidad, ¡daré mi vida por la libertad de mi pueblo, por los derechos de la clase obrera, por la victoria de la causa de los trabajadores!... Si los obreros rusos, los obreros alemanes y los obreros de todos los países beligerantes dicen esto, ya no existirá en el mundo una potencia dispuesta a dejar que continúe el derramamiento de sangre, y la paz vendrá automáticamente. Sólo hace falta que cada soldado del frente, cada obrero del taller, se dé cuenta: mi enemigo no es el que, como yo en mi país, no tiene derechos, el que está oprimido por el capital, cuya vida es una lucha por el pan de cada día.

Mi enemigo está en mi propio país, y este enemigo es el mismo para todos los trabajadores del mundo. *El enemigo es el capitalismo, este enemigo es el gobierno de clase rapaz y corrupto.* Este enemigo es la falta de derechos que sufre la clase obrera. Camarada trabajador, soldado raso del ejército enemigo, ahora sé que no eres tú el enemigo. ¡Dame la mano, camarada! Los dos somos víctimas del engaño y la violencia. Nuestro principal y común enemigo está en nuestra retaguardia. Giremos nuestros rifles y armas contra nuestros verdaderos enemigos comunes... Y entonces todos nuestros valientes comandantes, mariscales de campo y generales se pondrán pies en polvorosa... ¡Que cada uno de nosotros vaya a la guerra en su propio país contra nuestros opresores, que limpie nuestra patria de los verdaderos opresores, que limpie nuestra patria de los verdaderos enemigos del pueblo, de los zares, reyes y emperadores! Y cuando el poder esté en nuestras manos, concluiremos nuestra propia paz sobre las cabezas de los capitalistas derrotados... Este es el camino a seguir para aquellos que quieran luchar por una paz estable entre las naciones, por la victoria de la causa de los trabajadores, por la *sustitución de la sociedad capitalista por un mundo más justo y mejor, basado en la fraternidad socialista de los trabajadores de todos los países.* Este es el camino, camarada, que os llaman a seguir los socialistas obreros organizados y conscientes de

Rusia, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, Bulgaria y otros estados, los socialistas que se han mantenido fieles a la causa obrera, que no han olvidado la demanda de los obreros de vanguardia: “*¡Trabajadores de todos los países, uníos!*” ¡Reúnanse alrededor de la bandera roja de las organizaciones obreras revolucionarias! ¡A trabajar, camaradas, a trabajar! Ya ha habido suficientes víctimas para la gloria del capital. ¡Nuestro enemigo común está en nuestra retaguardia! ¡Lejos de los responsables de la guerra! ¡Fuera los capitalistas y los zares! ¡Luchemos por la libertad de nuestra patria, por una paz estable! *¡Viva la revolución social que se aproxima y que se espera! ¡Viva la victoria de la hermandad socialista de las naciones!*



germinal_1917@yahoo.es